



Cómo preparar una buena lección

*Tú, pues, que enseñas a otro,
¿no te enseñas a ti mismo? -Romanos 2:21*

La buena preparación para dar una clase contiene tres fases básicas: *planificación, estudio, y oración*. Pero antes de entrar en detalles sobre estos aspectos, repasemos brevemente lo que queremos lograr con nuestra enseñanza.

Primeramente queremos impartir *conocimiento* al alumno. Luego deseamos que por medio del conocimiento adquirido el alumno tenga una *experiencia* personal con Dios. Después de esa experiencia, que denominamos *salvación*, esperamos que el alumno *actúe* sobre la base de su fe.



Podríamos decir que la enseñanza primero va a la cabeza del alumno; de la cabeza pasa al corazón; y del corazón a las manos, es decir que el alumno se ponga activo en la obra del Señor.

Analicemos ahora las tres fases para la buena preparación de una lección:

Planificación

¿Qué significa esta palabra? Quiere decir «plan general para obtener un objetivo determinado». Digamos que a usted le toca enseñar un domingo por la mañana. ¿Tendría suficiente tiempo si empezara la preparación el sábado por la noche? La respuesta

es ¡no! Le faltarían horas para preparar su plan general de acción.

¡Comience a tiempo la preparación! Esta exhortación debería hacerse parte vital en la vida de cada maestro, puesto que algo de lo más frustrante es escuchar una lección mal preparada. Es imposible preparar una buena lección sólo algunas horas antes de presentarla. Como maestros, necesitamos planificar con tiempo lo que vamos a hacer.

Otro significado de la palabra *planificar* es «trazar los planes para la ejecución de una obra». Como maestros estamos al frente de la obra más grande del mundo; tenemos a nuestro cargo las preciosas joyas del Señor. Si en cualquier rama secular hay que trazar planes para la ejecución de una obra, cuánto más cuando se trata de valores eternos. Sin planificación no se logran resultados positivos.

¿Qué planificar y cuándo empezar? Primeramente, tiene que conocer el tema bíblico que le toca desarrollar. Necesita poner en orden los materiales que usará en la enseñanza y en el estudio, y tendrá que decidir la mejor manera de presentar ese tema a sus alumnos. Es lógico que no bastan algunas horas del sábado por la noche. Lo ideal es que empiece a prepararse con una semana de antelación.

Dentro de la planificación debe incluir las visitas que precisa hacer a sus alumnos. Hay niños que han dejado de asistir a la clase, otros tienen problemas en su hogar, algunos están enfermos; cada uno en particular tiene sus necesidades. Haga todo lo posible por visitarlos en casa. Con un buen plan, en cierto lapso de tiempo podrá visitar cada hogar representado en su clase.

Si todavía tiene poca experiencia, practique la presentación de la lección en su casa, preferiblemente frente a un espejo. Si gusta, salga al campo y dé la lección a las aves y las vacas. Así lo hizo un amigo mío que deseaba ser predicador. Hoy ha logrado sus sueños; pero ya dejó de predicarles a las vacas.

Si usted planifica bien la lección y comienza con tiempo la preparación podrá sentirse calmado y feliz al saludar a sus alumnos. Si no va bien preparado, de seguro se sentirá nervioso y no podrá desenvolverse como es debido.

El estudio comprende parte de la planificación. Veamos ahora esa segunda fase.

Estudio

Como maestro, usted es una persona que enseña, por lo cual es necesario que continuamente estudie. Para presentar una lección que edifique a los alumnos, hay que estudiar el tema de la misma. Usted no quisiera pararse ante sus alumnos, titubeando: «Éh... ah... uhm... este, a ver... veamos...»

Podría pasar así toda la hora de clase sin llegar a nada. ¡Qué vergüenza!

El maestro tiene que estudiar la Palabra de Dios. La Biblia es su gran libro de texto, pues de ella sacará las lecciones que presentará. A usted le toca enseñarles a los niños lo que la Biblia dice, y no lo que los hombres dicen de ella; por eso, ¡estúdiela personalmente!

Al leer la Palabra de Dios, el Espíritu Santo ilumina nuestra mente y nos enseña. Cada vez que abrimos las Escrituras descubrimos nuevas verdades. Tenga siempre a mano una libreta de apuntes y un lápiz. Vaya anotando las ideas y los pensamientos que el Espíritu Santo le traiga a la mente a medida que avance en la lectura.

Después de haber leído el tema en la Biblia, es hora de utilizar el manual, ¡nunca antes! Si usted se acostumbra a leer primero las instrucciones e ideas que se le ofrecen en el manual, no gozará la dicha de descubrir, por sí solo, verdades de la Palabra.

Estudie a fondo el pasaje bíblico para comprender el propósito de la lección, luego aprenda de memoria el texto que se sugiere para memorizar. La regla general del maestro cristiano es siempre la misma:

Aprendo, luego enseño.

No ampliaré más este punto, ya que lo tratamos en la lección tres. Sólo le recuerdo lo que Pablo le escribió a Timoteo: «*Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad*» (2 Timoteo 2:15).

Oración

Nunca se puede recalcar demasiado la importancia de la oración. Es parte vital de nuestra vida cristiana. Como alguien dijo:

***Mucha oración, mucho poder.
Poca oración, poco poder.
Sin oración, no hay poder.***

Orar no es solamente pedir; encierra mucho más: comunión, petición, agradecimiento, meditación, atención a lo que Dios quiere decirnos, intercesión. Antes que el maestro pueda hablarles a otros del Señor, Dios tiene que hablarle primero, lo cual Él hace en los momentos que pasamos leyendo la Palabra y orando. Al comunicarnos con Dios por este precioso medio, no sólo le hablamos a Él, sino permitimos que Él nos hable. ¡Bello secreto que cada maestro necesita descubrir!

***El maestro cristiano necesita...
orar por sí mismo
interceder por sus compañeros maestros
pedir por las necesidades de cada alumno
orar por la lección que va a enseñar***

Se cuenta de un pastor que le dijo a un constructor que, de rodillas, desmenuzaba piedras:

–¿Cómo quisiera poder quebrantar los corazones con la facilidad que usted rompe esas piedras!

A esto el constructor respondió:

–Quién sabe; tal vez usted no trabaja de rodillas.

¿El secreto para preparar una buena lección? ¡Trabaje de rodillas en la presencia de Dios!

«*En la tarde, al amanecer y al mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz*» (Salmos 55:17).

¡Qué hermoso ejemplo! El majestuoso Creador nos concede el privilegio de entrar en su presencia, y escucha nuestras peticiones y las contesta.